

va usted a detenerse?», me decía Pérez Lobo muy amablemente. «Así no va a ir usted a ninguna parte. Ahora mismo, escriba el horóscopo; basta con poner generalidades y cosas amables, dé buenos consejos y anuncie buenas noticias: le quedan diez minutos para que me entregue el horóscopo de mañana.» En ocho minutos distribuía yo consejos a Tauro, a Sagitario, a Libra, al pipisgallo, con la mayor serenidad. Si tardaba en llegar el material para la columna de modas, yo le inventaba a Cocó Chanel o a Paul Poiret unas faldas plisadas en crepé azul marino o unas mangas abullonadas a lo Luis XIV, que quedaban de rechupete.

Pérez Lobo, hombre serio, pero por eso mismo con sentido del humor, me hizo ver muchas cosas sobre el periodismo por dentro y sobre los recursos a que ha de apelar un redactor acuciado por el reloj y por el jefe. Aprendí con él a aprovechar el tiempo de manera que siempre nos sobrara, y a trabajar con honradez y sinceridad, pero sin poner en el trabajo rutinario nada de *lo interior*, nada del alma.

Con la nómina de los libros que dejó Pérez Lobo en su especialidad de la jurisprudencia civil, hay para maravillarse. Y esas obras fueron hechas con el tiempo que él heroicamente salvaba de las fauces insaciables del periodismo. Esa fue también otra manera suya de magisterio.

V

En ese mismo diario de Santiago Claret trabajaban unos cuantos exiliados más. Recuerdo ahora a Rafael Marquina, a Francisco Parés y a José Quilez Vicente. ¡Qué trío tan formidable! Rafael Marquina, hermano del poeta, se sumergió rápidamente en la vida cultural cubana. Ganó la estimación de todos, y como buen catalán aplanado en Cuba, escribía sobre Martí o sobre Maceo, de modo que talmente parecía criollo de nacimiento. Ingresó en la Academia Nacional de Artes y Letras y tuvo el buen gusto de consagrar el discurso a la obra de su hermano.

Una anécdota para aderezar y amenizar el texto, puede ser la siguiente. Muy mayor ya, pasados los setenta, dictaminaron los médicos que era necesario operarle, por un rosario de úlceras que estaban al acabar con él. Por temor a que en su estado no resistiese la cirugía, un especialista indicó tratarle con lo que estaba por entonces haciendo furor en el mundo médico: unas inyecciones de hormonas extraídas de la orina de una mujer embarazada. Con esas hormonas en menos de un mes desaparecería mágicamente el rosario de úlceras de Marquina.

Pero he aquí que las tales hormonas quitaban las úlceras pero provocaban un desarrollo considerable de las mamas y un aflautamiento de la voz que iba a presentar a hombre tan viril, tan catalán, como si fuera Raquel Meller cantando *La violetera*. Don Rafael estaba espantado. «¿Cree usted, amigo don Gastón —me decía— que yo puedo, a mi edad, andar por las calles con unas tetas tan grandes y con una voz de mariconcito que me van a gritar los muchachos? ¡De ninguna manera, primero muerto!»

Su mujer y yo procurábamos calmarlo y convencerle. Yo le decía: «Pero vea usted, don Rafael, si eso de las hormonas a su edad ya no tiene importancia; además, usted ha sido siempre muy hombrecito, y aunque se le ponga la voz como un alfiler, nadie

va a pensar lo que no es; diremos que es voz de viejo. ¡Déjese de majaderías y vívanos diez o veinte años más, que es lo que todos queremos! ¿Va a dejarse poner, si o no, las hormonas?» Don Rafael se volvió hacia su mujer, una abnegada e inteligente señora que era exactamente para él lo que Zenobia para Juan Ramón, y dijo: «Bueno. Está bien. Que me inyecten. ¡Pero júrenme que nadie me verá nunca sin camisa!» Y fue así cómo la ciencia prolongó la vida de Rafael Marquina, un caballero afable y cultísimo, un galardón del exilio español. Marquina murió poco después de la revolución, por los años sesenta. Yo, que estaba en Madrid, escribí una nota necrológica y la envié al periódico *ABC*. Me fue devuelta por la dirección diciéndome que «dadas las ideas políticas de este señor, no podemos publicar su nota».

Cumplí de todos modos mi deber de evocar la memoria de Rafael Marquina, enviando a José García Nieto una breve «Elegía por Rafael Marquina», que salió en la *Revista de Poesía* que García Nieto dirigiera por tantos años con altísimo sentido de la tolerancia y del pluralismo, a la manera en que se condujeron siempre también Luis Jiménez Martos en Aguilar, y Rafael Montesinos en la Tertulia Poética del Instituto, y Pedro Laín y Luis Rosales en estos *Cuadernos*.

Francisco Parés.— Las páginas de comentarios y noticias internacionales del periódico estaban en manos de este hombre nervioso, inteligentísimo, con calva y gafas de intelectual, como lo era efectivamente. Parés se escribía semanalmente kilómetros de comentarios y de informaciones especiales. Después supe que inventaba cien veces más que yo, porque su sector cubría el globo terráqueo. Tenía —iba a decir que padecía— la curiosa enfermedad de la mitomanía imaginativa y culta, que es la más peligrosa. Como buen mitómano, no mentía jamás; se creía de veras estar diciendo la verdad cuando dejaba en libertad su imaginación mediterránea. Perdía fácilmente la noción del peligro que corría prometiendo a la gente que veía a diario cosas fantásticas que sólo existían en su mente o en su voluntad de servir.

Recuerdo el incordio que tuvimos, porque él, que como particular traducía guiones y programas de cine, me propuso que hiciera parte de ese trabajo, comprometiéndose a pagarme lo que acordáramos. Alguien, otro español, por supuesto, cuando me vio en tratos con Parés me dijo: «Tenga cuidado con este catalancito, que le debe a las cien mil vírgenes y tiene unos líos enormes con los cobradores.»

De poco me sirvió la advertencia, porque siendo yo como era casi un niño al lado del doctor Parés, me costaba mucho trabajo mostrarle desconfianza. Según él, la Warner y la Metro Goldwyn estaban con problemas de dinero, y por eso él no me pagaba jamás. En medio de aquella catástrofe, me propuso un día, para compensarme, según él dijo, la traducción muy bien remunerada de un folleto de la embajada de Polonia en inglés sobre el Corredor Polaco. Eran los tiempos en que todavía decíamos Dantzig en lugar de Gdansk, y Angora en lugar de Ankara.

Parés ofreció pagar por el folleto una cantidad exagerada, y yo, que lo veía venir, le dije con gran solemnidad: «Parés, ese trabajo no vale tanto. Lo haré por ciento cincuenta pesos, pero ¡oiga una cosa que le voy a decir!: esos 150 pesos usted me los paga al momento de recibir la traducción, o va usted a saber lo que es jugar con un criollo!» Imperturbable, como buen mitómano —el mitómano cree siempre lo que le dicta su fantasía— me reprochó tirar el dinero por la ventana y contentarme con tan poco, pero, en fin, él aceptaba, y cumpliría.

La historia acabó en que nunca llegaba al periódico el mensajero de la embajada polaca con la plata. Haciéndome el crédulo, dejaba correr el infundio, pero actuaba diabólicamente bajo cuerda. Cuando fue Parés a cobrar su salario, se encontró espantado con que en caja no había nada para él, ni lo habría en unas cuantas semanas más, porque convencí al cajero, criollo, de que estábamos dominados por una conspiración de catalanes, y era urgente darles un escarmiento. Retendría para mí los salarios hasta cubrir toda la deuda.

Parés estaba aterrorizado y me enviaba recado tras recado, con explicaciones más kafkianas cada vez. Accedí finalmente a cobrar en cincuenta semanas, y se me acercó a darme las gracias, diciendo con la mayor naturalidad: «Señor Baquero, en todo esto hay un solo canalla, que es el embajador polaco; usted sabe que yo lo que quise fue ayudarlo, y que soy incapaz de una trapacería.»

Y era cierto. Él no tenía consciencia de los peligrosos mitos que inventaba. Ofrecer cosas que no podía cumplir era en él algo inevitable. Luego comprendí que era cabalmente un caso de trastorno de la personalidad, debido a la locura y desequilibrio espiritual que produce el exilio. Él soñaba con el señor poderoso que había sido, y no podía conjurar sus fantasmas. Vivía mecánica, automáticamente, en su mundo anterior. Es la esquizofrenia tan frecuente en el exiliado. Siendo como era, fundamentalmente, un caballero, un hombre culto y honrado, el sufrimiento le llevó a huir de la realidad y a escindir su personalidad.

Tengo entendido que salió de nuevo al exilio, pero no volvió a España. Se suicidó en suelo extranjero. Su esposa, cubana, hija de catalanes de Santiago o de Manzanillo, se suicidó también. Por amor.

VII

José Quilez Vicente.— Al instalarse en La Habana ya tenía fama Quilez Vicente de reportero especialista en la crónica roja. En Madrid había trabajado en *La Linterna*. Tenía un estilo literario truculento en sí mismo, y una concepción de la crónica roja que era verdaderamente alucinante. Describía el apuñalamiento de una hetaira por un *macró* con tal realismo, que el lector se sentía poco menos que lleno de sangre de pies a cabeza.

Se hizo muy amigo mío y me convirtió en el oyente predilecto de sus elucubraciones. Llegaba al periódico y gritaba: «¡Amigo Baquero, si usted viera qué cosa tan linda! Mire, con el primer navajazo le abrió toda la espalda, pero oiga, fue una filigrana, un artista haciendo un encaje; ¡tenía usted que haber visto el río de sangre que soltó aquella mujer, qué belleza, qué cosa tan bella!» Quilez Vicente disfrutaba, saboreaba los casos más horrendos como si se tratara de una fiesta. Por deformación profesional daba la impresión de que siempre que el asesino degollase con limpieza, de un tajo, era justo aplaudirle y defenderle. Era un esteta.

Acabó muy mal nuestra relación porque un día quiso recoger en libro una larga serie de crónicas sobre un llamado «Crimen de Mama Coleta», y me pidió con mucha ceremonia que le escribiese un prólogo. Comprendí en un relámpago que él había confundido mi paciencia en escucharle cortesmente sus cantatas en honor de los carniceros con una admiración y hasta una simpatía mías por el género. La estupefacción que